

MACROHISTORIA, MICROHISTORIA O HISTORIA

JOAQUÍN SANMARTÍN ASCASO
(Universidad de Barcelona)

«Tu mente es viento del norte,
brisa que place a las gentes»
(*Teodicea Babilónica*, 67)¹

Knowledge of the past is a mental processing of data, and as such it is not different from knowledge of «normal» things. Things (objects) and words are interconnected by concepts (notions); in the historical knowledge things (events) and words (texts) are interconnected by the sense (meaning) in which the knowing subject digest (arranges) the past. This arrangement is a product of the historical competence of the subject, and is here called History. In this paper History is asserted to be a strictly Linguistic discipline.

1. IDEOLOGÍA Y MACROHISTORIA

No debería ser un secreto para nadie que se dedique a las disciplinas históricas que los cambios acaecidos en el contexto geopolítico mundial durante los últimos cinco años han sido una buena purga del aparato digestivo de esa familia científica. En primer lugar, y obviamente, porque los nuevos datos son incómodos: algunos colegas historiadores dedicados a «Contemporánea» parecían jugar con un *puzzle* en el que las fichas, aunque numerosísimas, tenían ya cada una asignado su lugar definitivo en el paisaje en virtud de ciertas marcas impresas en ellas. Todo consistía en ordenar las piezas según el color, ya que sus perfiles eran iguales: las rojas con las rojas, las pardas con las pardas, las negras con las negras y —en los últimos años— las

1 Para Antonio Yelo, amigo e historiador irrompible.

verdes con las verdes. La paz en los cuartos de estar terminó cuando alguien, malévolo, arrojó sin avisar sobre el tablero cientos y miles de fichas de colores y contornos inesperados, ausentes del repertorio habitual, exigiendo que se las colocara en sus sitios, y deprisa.

No fueron los nuevos datos en sí (pueblos y nombres y fechas y guerras inencontrables en atlas o tablas) quienes provocaron el sobresalto, sino la constatación de que las nuevas piezas no eran integrables en el *puzzle* ya casi terminado, porque no eran ni rojas ni negras ni pardas ni verdes, y, además, resultaba que al juntar las piezas nuevas con las viejas, éstas —las ya colocadas— cambiaban de color y de forma, saltando por encima del marco. No servía el marco, ni servía el repertorio de colores; habría que buscar un marco nuevo, y un nuevo principio ordenador. La Macrohistoria sucumbía soterrada por un aluvión de datos microhistóricos.

El historiador dedicado a «Antigua» está —o debería de estar— curado de estos sustos. Pero también él zozobra cuando fichas inesperadas le obligan a revisar o a reemplazar sus esquemas hermenéuticos y sus *macroescalas*. La Arqueología, la Antropología, la Psicología Social, la Historia Económica (o la Economía Histórica), la Historia Social y, por supuesto, las «Historias» (Antiguas o no) son especialidades que se ocupan —empírica o teóricamente— de procesos macrohistóricos (mitologías, ideologías, proto-éticas, éticas y filosofías) y, por lo mismo, utilizan lentes y prismas también macrohistóricos. No puede ser de otra manera, y es bueno que así sea. Y no importa, en el fondo, de qué esquemas hermenéuticos se trata. Un análisis detallado de las respectivas gramáticas mentales demostraría que el recurso a la pluralidad de tiempos, desde la *longue durée* al acontecimiento (Braudel), o los proyectos de escribir *histoires des mentalités* (Duby, LeGoff, Aries), son todos ellos resultados de ópticas macrohistóricas. Tanto como el postulado proto-marxista de que las ideologías imperantes en las diversas épocas están íntimamente relacionadas con la realidad social, y que son en última instancia producto suyo.

Todo el problema se reduce, en sustancia, a un problema de orden: los acontecimientos en su intangible individualidad, como las distintas fichas de nuestro *puzzle*, han de entrar en correlación y han de ser, para ello, ordenados. El problema es, también, muy viejo: los presocráticos concentraron su atención en *la relación existente entre lo particular y lo general*². Setecientos años antes, y en Babilonia, un tal Shubshi-meshre-Shakkan se había planteado este problema desde una perspectiva meramente estética y ética y escribió lo que llamamos «Poema del Justo Sufriente» (este babilonio era sin duda, aparte de buen poeta, un hombre eminentemente práctico)³.

Desde mi perspectiva de historiador del Próximo Oriente Antiguo me han interesado siempre los procesos de recepción por parte de «Occidente» (es decir, «Europa») del hecho «oriental» (donde «oriental» equivale prácticamente a «resto del mundo»). Y, en este orden de cosas,

2 «Anaximandro [...] dijo [...] que las partes se van transformando, pero que el todo es inmutable» ([...] τὰ μὲν μέρη μεταβάλλειν, τὸ δὲ πᾶν ἀμετάβλητον εἶναι), Diógenes Laercio II 1 (DK 12 A 1).

3 «Doquiera yace la tierra, y los cielos se extienden,
doquiera luce el sol, e irradia el dios del fuego,
doquiera que el agua fluye y sopla el viento:
Criaturas cuya arcilla tomó Aruru en sus manos,
regaladas con vida, que vais caminando,
mortales, todos vosotros, ¡alabad a Marduk!»

(*Ludlul bēl Nêmeqi*, IV(?) 37-42; W.G. Lambert, *Babylonian Wisdom Literature*, Oxford³ 1982, pp. 58 y ss.).

siento especial curiosidad por las diversas coordenadas macrohistóricas que han venido actuando en la mente de los historiadores. Y en el fondo de los textos.

Vayamos por partes. La primera constatación me parece obvia: los historiadores europeos hemos partido siempre de alguna idea previa. Se trata de una «pre-visión» de «lo oriental» como de algo radicalmente diferente; ya en el siglo XVII, que fue cuando comenzamos a ocuparnos de ello. Fuentes tan heterogéneas como la Biblia, escritores grecorromanos y embajadores en las cortes orientales de la época se pusieron de acuerdo para fabricar una macrohistoria oriental concorde con las ideas e intereses políticos de la burguesía. En un principio, las actitudes oscilaron entre la idealización que veía en lo oriental (encarnado en China) el modelo a emular (Voltaire) y su condenación más absoluta (Montesquieu y Rousseau). Cuando, unas décadas más tarde, ya mediados del siglo XVIII y sobre todo desde principios del siglo XIX, a las fuentes arriba mencionadas se les fueron uniendo los informes poco halagüeños de los primeros funcionarios coloniales, la hermenéutica dejó de oscilar: el «Oriente» no sólo era diferente del «Occidente», era —sobre todo— mucho peor. Sus vicios peculiares eran el carácter «despótico» de los gobiernos, la esclavitud de los gobernados y la desposesión de las masas, sobre todo en lo referente a la propiedad de la tierra, que se pensaba en manos de un único terrateniente: el déspota de turno (Adam Smith, Hegel). Luego, Marx y Engels, cuyas ambiciones analíticas no les permitían ignorar las sociedades pre-capitalistas, volvieron a ocuparse del Oriente. Esta vez se hizo a fondo y en el marco de una macrohistoria económica que se pretendía ajena a cualquier parámetro que no fuera el de las relaciones (o «modos») de producción en el seno de una sociedad dada.

Un comentarista malicioso de Marx y Engels podría insinuar que la potencia de su edificio ideológico estaba, entre 1857 y 1859, que fue cuando ellos concentraron su actividad en lo oriental, en proporción inversa a la cuantía de datos (filológicos o arqueológicos) disponibles por aquel entonces. Sin embargo, el incremento más que espectacular experimentado por las ciencias orientálicas y antropológicas desde mediados del siglo XIX hasta el primer cuarto de este siglo XX no puso fin a las macrohistorias. Bastará mencionar las teorías sobre el proceso cíclico de las sociedades (del feudalismo primitivo al capitalismo grecorromano, de este capitalismo al feudalismo medieval, del feudalismo medieval a un capitalismo nuevo, y así sucesivamente) de Eduard Meyer; por no traer a colación los patéticos esfuerzos cripto-cíclicos de Oswald Spengler por situar sus personajes adecuadamente en un escenario preparado para un «Untergang» que no llegó. Desengañados de la Macrohistoria, hubo quienes se dedicaron a olvidar el *sentido* del acontecer para concentrar sus herramientas en el *acontecer* mismo: Dilthey, Croce, Collingwood y otros apóstoles de la microhistoria. Sus frutos filosóficos fueron —seamos sinceros— más bien escasos; la pobreza de los datos estrictamente históricos queda sobradamente ilustrada por toda una retahíla de manuales universitarios cuya única ambición parece consistir en resultar cada vez más gruesos.

2. HISTORIA, TEXTO Y ACONTECER

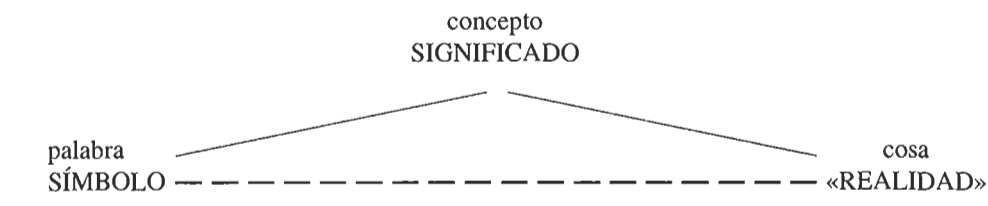
Es prácticamente imposible encontrar una exposición histórica que esté libre de macroescalas y de esquemas clasificatorios: «antiguo» contra «moderno», «oeste» contra «este», «norte» contra «sur», «precapitalista» contra «capitalista», «precristiano» contra «cristiano», «derecha» contra «izquierda». Ello es tanto más sorprendente cuando que, al parecer, los únicos parámetros históricos deberían ser «antes» y «después».

Antes y después son términos relativos: antes de algo y después de algo. Es decir: para construir una secuencia a base de un antes y de un después, primero tengo que seleccionar el «algo». Tengo la impresión que el problema de la Historia no está tanto en la construcción de la secuencia antes —después cuanto en la selección del algo. La selección del algo no es un producto espontáneo del dato, sino —en última instancia— opción libérrima del historiador. Todo ello, visto desde el punto de vista de la actividad interpretativa, es decir, desde la perspectiva del historiador.

Se nos dirá que tal perspectiva es necesariamente subjetiva y que así se resiente el prestigio de la Historia como ciencia. El objetante tiene toda la razón en lo de la subjetividad, no tanto en lo del prestigio. Ya que la razón de ser nuestro quehacer científico consiste precisamente hacer el puente entre —si así se las quiere llamar— dos subjetividades. La subjetividad del sujeto que estudia y la subjetividad radicalmente inherente al objeto estudiado: la subjetividad del texto. En la conexión *objetivable* y *verificable* de ambos códigos o competencias radica lo científico de este arte que es la Historia. Como en antropología, donde es imprescindible la conexión objetivable entre el código (*competence*) del encuestador y el código (*competence*) del testigo.

Tanto desde la perspectiva del historiador como desde la perspectiva del texto/testigo, el problema reside, por tanto, en el punto de vista elegido: lo que llamábamos arriba el «algo» que sirve de eje referencial del orden. Polibio, el primero en usar el término *historia* referido a un objeto, pensaba en Roma como recapitulación de una serie de «historias» parciales, de micro-signos concretos que desembocaban en ese absoluto: sin ese absoluto (Roma), el pasado aparece retrospectivamente como constituido por un conglomerado de procesos múltiples e inconexos (*sporádes práxeis*). En cada texto hay un Polibio escondido, y en cada historiador, otro. Se trata de descubrir el primero, siendo consciente del segundo⁴.

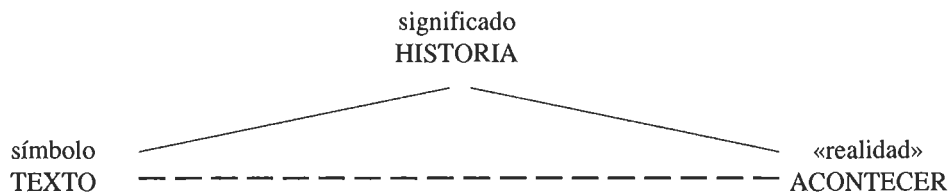
La conciencia de esta intersubjetividad objetivable es la única vacuna posible contra las macroescalas absolutizantes del totalitarismo. La peculiaridad de las ideologías totalitarias (partidocracias) y de las entidades sociales de cuño teocrático (desde la época paleosumeria) es la supresión de la distinción entre acontecer e historia. Ciertos historiadores han venido contribuyendo por su parte a la confusión al ignorar la diferencia entre historia y narración. La definición exacta de estos tres niveles, *acontecer*, *historia* y *texto* es la única clave hermenéutica válida del texto narrativo. En el fondo, se trata de una transposición a categorías historiográficas de relaciones bien conocidas en lingüística y semiótica. Concretamente, estas relaciones entre acontecer, historia y texto (de la historia) son modificaciones de las relaciones entre «cosa», «concepto» y «palabra», tal y como se explicitan en el triángulo de Ullmann⁵:



4 Sólo en este sentido puede hablarse de Historia como de una 'auf den Menschen bezogene Wirklichkeitswissenschaft', COBET, J.: *Herodots Exkurse und die Frage nach der Einheit seines Werkes*, Wiesbaden 1971, p. 183. Cf. además HÄUSSER, M.: *Das historische Epos der Griechen und Römer bis Vergil. Bibliothek der klassischen Altertumswissenschaft, Neue Folge 2/59*, Heidelberg 1976, pp. 42 y ss.

5 ULLMANN, S.: *The principles of Semantics*, Oxford² 1957, pp. 69 y ss.

según el cual la relación entre [palabra / SÍMBOLO] y [cosa / REALIDAD] se establece solamente a través del elemento ordenador [concepto / SIGNIFICADO]. Esta banalidad semiótica es perfectamente transferible a la historiografía, donde ya no es tan banal:



En otras palabras: el *texto* no nos da paso al *acontecer* sino es a través de un código intermedio, la *historia*, entendida como *sentido* del acontecer. La superficie del relato (la fuente) constituye un código de señales cuyo desciframiento sólo es posible desde el nivel de las estructuras históricas, las cuales, según los casos, facilitan o dificultan el paso al acontecimiento, al «hecho». Tanto el acontecer como la historia, o sentido del acontecer, no son, evidentemente, sino abstracciones respecto al único dato concreto: el texto. Él es el único punto de partida *quoad nos*, y en él se esconden las claves que nos deberían conducir al factor *historia*⁶.

Historia no es, por lo tanto, ni *texto* ni *acontecimiento*, sino la reducción del acontecer a una unidad lógica, la extracción (o abstracción) de un *sentido*, de un eje ordenador ideal.

III. LAS GRAMÁTICAS CULTURALES Y LA HISTORIA

El relato histórico es el producto fenomenológico de este eje ordenador ideal, del *sentido* que el narrador o testigo cree descubrir en los diversos segmentos del acontecer: de su historia. Por regla general, el relato histórico *naïf* se estructura según una lógica de tipo causal, una lógica diacrónica («antes» -> «después») en la que se van integrando y *ordenando*, los diversos «momentos» del acontecer. Evidentemente, no se puede generar el texto mientras no exista el proyecto ordenador, y tal proyecto ordenador no se dará si no es en congruencia con el repertorio mental global del narrador. El sentido del acontecer es algo poseído intelectualmente, es un *saber sobre algo*, y esa posesión no se hace efectiva mientras no se encuentre en comunión con la suma de saberes del narrador. Es decir, el sentido del acontecer relatado en un texto ha de integrarse en una estructura previa y envolvente, en un *saber a priori* peculiar del narrador: en lo que podríamos llamar su *competencia histórica*⁷. Se trata de una constelación de saberes de estructura sincrónica, de una *gramática cultural*⁸.

6 Sobre la distinción entre (a) 'Geschehen / geschichtliches Ereignis mit Bedeutungspotential', (b) 'Geschichte / Sinn / Bedeutung des Geschehens' y (c) 'Text (der Geschichte)' cf. STIERLE, K.: «Geschehen, Geschichte, Text der Geschichte», en: KOSELLECK, R./STEMPEL, W. D.: *Geschichte: Ereignis und Erzählung. Poetik und Hermeneutik: Arbeitsergebnisse einer Forschungsgruppe*, München 1973, pp. 530 y ss.

7 Nivel de la 'langue' en De Saussure.

8 El término gramática cultural, con referencia explícita a la terminología de la Semiótica cultural rusa, ha sido utilizado recientemente por J. Assmann, *Das kulturelle Gedächtnis. Schrift, Erinnerung und politische Identität in frühen Hochkulturen*, München 1992, pp. 191 y s., y por Sanmartín, J.: «Wirtschaft und Handel in Ugarit: Kulturgrammatische Aspekte», en: Dietrich, M.; Loretz, O. (eds.): *Ugarit: ein ostmediterranes Kulturzentrum im Alten Orient. Ergebnisse und Perspektiven der Forschung*, Münster (1994: en prensa).

Resulta de todo ello un sistema complejo de relaciones entre el acontecimiento (la «cosa»), la narración (la «palabra») y la historia (el «concepto»). En efecto, mientras que lo narrado por el texto se mueve secuencialmente en una perspectiva diacrónica, la gramática cultural que asimiló y dotó de sentido / historia al acontecer se mueve necesariamente en un plano sincrónico (saber del sujeto sobre el mundo). En el ámbito de la competencia narrativa, por lo tanto, asistimos a la prioridad de las estructuras sincrónicas (gramaticales) sobre las diacrónicas. Dicho de otra manera, la historia se presenta como diacronía en su relación al acontecer «objetivo» percibido temporalmente y en cuanto sentido de unos hechos integrados fenomenológicamente en un eje ideal diacrónico de secuencia temporal ('relato'), pero, a la vez, se presenta como sincronía en su relación con la competencia histórica del narrador, en cuanto participa de las normas que gobiernan su peculiar gramática cultural, su macrohistoria o saber sobre el mundo.

La tensión entre la diacronía y la sincronía es perfectamente observable en el producto, el texto. La producción literaria de la Antigüedad preclásica y clásica es muy ilustrativa al respecto. En relatos estrictamente lineares, la tensión se resuelve por el predominio de la diacronía (crónica)⁹; ello no es así, sin embargo, en otros textos, en los que, como en el drama de corte clásico o en el ritual, la sincronía casi consigue contrarrestar la secuencia diacrónica, comprimiendo el acontecer en un lugar y una unidad de tiempo¹⁰. El relato mítico es muy raramente linear¹¹; por su misma función comprensiva, tiende a resolverse cíclica o cuasicíclicamente (vuelta al *arkhē* o «Aufhebung» de la tensión en un *arkhē* de segundo grado). La hímica supone el triunfo total de la clave sincrónica.

En principio, la competencia histórica (gramática cultural) de un autor puede expresarse en clave estrictamente diacrónica (clave narrativa) o en clave estrictamente sincrónica (clave «funcional»): en el primer caso, el producto será un relato; en el segundo, un himno, un discurso, una ley, un proverbio. Todo ello sin prejuicio de formas mixtas: profecías, prácticas adivinatorias, conjuros y rituales. Claves (narrativa, «funcional» y mixta) que, de suyo, no se ligan a formas ni a géneros literarios determinados: ni la clave narrativa encuentra su expresión exclusiva en la prosa, ni es el verso el único vehículo de la clave funcional. Los datos de las

9 «Cuando la realeza bajó del cielo, la realeza se quedó en Eridu. En Eridu fue rey Alulim; reinó 28.800 años. Alagar reinó 36.000 años. Dos reyes hicieron entre los dos 64.800 años. Eridu decayó, su realeza fue trasladada a Badtibira.» (*Lista Real Sumeria*, I 110).

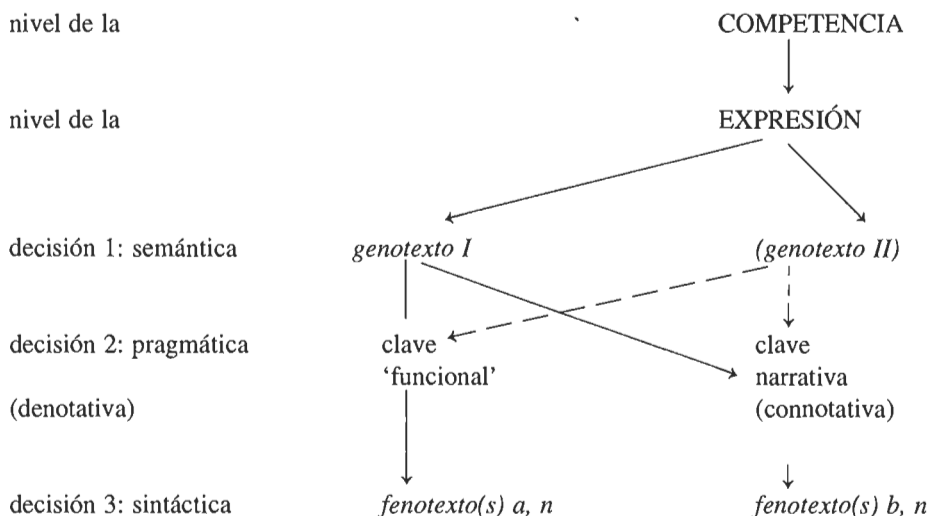
10 «Cuando el cielo fue rey, la tierra fue reina,
el divino Erra fue rey, la divina Mami fue reina,
el dios Enki, rey del Océano,
creó el agua virgen, el agua santa,
para que el cielo purificase el agua.»

(Fórmula sumeria de época paleobabilónica para bendecir agua; cf. VAN DIJK, J.; GOETZE, A.; HUSSEY, M. I.: *Early Mesopotamian Incantations and Rituals. Yale Oriental Series. Babylonian Texts XI*, New Haven and London 1985, p. 35).

11 «El dios Anum engendró los cielos,
los cielos parieron la tierra,
la tierra parió el hedor,
el hedor parió el fango,
el fango parió la mosca,
la mosca parió el gusano [...].»

(Conjuro acadio contra el gusano, época paleobabilónica; cf. VAN DIJK, J.; GOETZE, A.; HUSSEY, M. I.: *op. cit.*, p. 19).

literaturas antiguas demuestran que la hímica y el proverbio son con frecuencia isotopías semánticas de relatos. Se trata, simplemente, de *fenotextos* diferentes de un único *genotexto*¹². La elección de una clave concreta (narrativa o no) es una decisión de orden pragmático, anterior a las decisiones sintácticas que son quienes configuran en última instancia las superficies textuales de los diversos fenotextos. Por lo general, en la sincronía peculiar a la clave «funcional» (no narrativa) quedan reflejados mucho más directamente los parámetros constituyentes de la gramática cultural, mientras que la diacronía del relato opera sólo a través de connotaciones más o menos obvias:

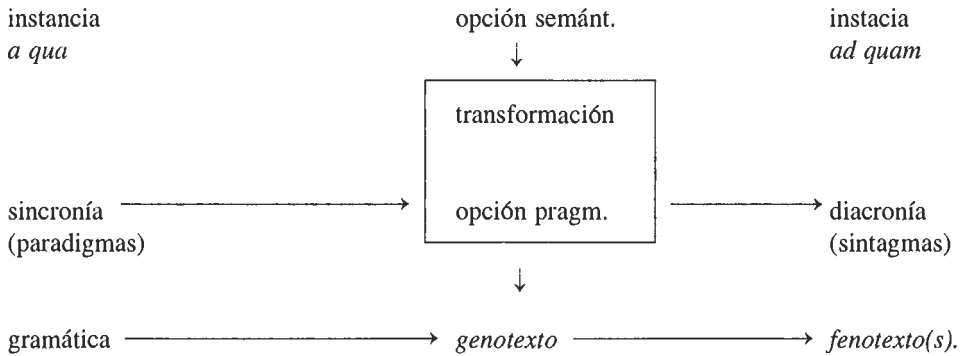


Común a ambas claves es la misión de conducirnos hacia la conciencia histórica global del narrador, hacia su gramática cultural, en la que anida el modelo lógico que le permite al narrador, en cuanto miembro de una comunidad, superar las tensiones del momento social¹³.

El momento *genotextual* es un momento transformador, operador; en él se ponen en acto los dos componentes de la gramática cultural: el «léxico» (repertorio de actantes) y las normas immanentes que regulan las diversas posiciones —sintaxis— posibles de esos actantes. Fruto de esta operación es el *fenotexto*, que no es sino expresión *ad extra* de la gramática cultural immanente. En el caso de que el producto sea un «relato», es decir, un texto diacrónico, convendrá no olvidar que tal relato es, ante todo, y previamente a su eventual relación con «hechos» y «cosas», la *traducción* a sintagmas (secuencias) de las estructuras sincrónicas (paradigmas) que anidan en la competencia cultural del narrador:

12 Cf. KRISTEVA, J.: «Problèmes de la structuration du texte», en: *Linguistique et littérature: Colloque de Cluny. La nouvelle Critique, numéro spécial*, 1968, pp. 55-64. Véanse asimismo y entre otros T. Todorov, «La grammaire du récit», *Langages* 12 (1968) 94-102; GREIMAS, A.: *Sémantique structurale: recherche de méthode*, Paris 1966; id., «Éléments d'une grammaire narrative», en: *Du sens: Essais sémiotiques*, Paris 1970, pp. 157-183; id., «La structure des actants du récit. Essai d'approche générative», *ibid.*, pp. 249-270.

13 Cf. LÉVI-STRAUSS, Cl.: «La structure des mythes», en: *Anthropologie structurale*, Paris² 1974, pp. 248, 254; id., *Mythologiques III. L'origine des manières de table*, Paris 1968, p. 187.



La historia no es, según todo ello, sino una versión de la sintaxis que gobierna en la gramática cultural: no es el mero acontecer «físico», sino el *sentido*, *el significado* de ese acontecer. Tampoco son idénticos —no faltaría más— el concepto y la «cosa».

La cuestión está en saber si el narrador mismo es consciente de la distinción que hay que establecer (a) entre acontecimiento e historia, y (b) entre la historia y su propia historia. La tarea del historiador consiste, en primer lugar, no en elencar con fidelidad el mayor número posible de microacontecimientos (eso lo hace el cronista, que no es lo mismo), sino en hacer confesar al narrador, al autor de la fuente, si tiene clara la diferencia que hay entre *el sentido de su historia* y *su sentido de la historia*.